

Biblioteca-Films

N.
244

DETECTIVE POR AMOR

25
CTS.



Milton
Sills

Viola
Dana

CUMMINGS, Irving

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Centro de Reparo de Suscripciones: Barará, 15

B A R C E L O N A

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. 244

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

..

..

DETECTIVE POR AMOR

(AS MAN DESIRES, 1925)

Intrigante novela de amor y emoción,
con la más brillante interpretación del
célebre y simpático galán de la pantalla

MILTON SILLS

y secundado por la bellissima ingénua

VIOLA DANA

Por JOSE NIETO GALAN

.....
E X C L U S I V A

VILASECA y LEDESMA

Vía Layetana, 53

Barcelona

.....
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

—¡Deliciosa!... ¡Estupendamente deliciosa!
¡En mi vida he visto una mujer tan perfecta!

—Veo que te ha causado gran impresión la bailarina.

—¿Y a quién no?... Pero lo más extraño del caso es que juraría haberla visto en otra parte, no sé donde, pero estoy seguro que no es la primera vez que la veo.

—No es extraño. Es una mujer que concurre a todos los lugares de moda... y, sin embargo, es peligrosísima.

—¡Bah! Ese es el nombre que suelen darles todos los hombres que, como tú, desprecian los encantos de la mujer, cuando encontras una que, como ésta, los reúne todos.

—No obstante, vuelvo a repetirte que es peligrosa.

—¿Por qué?

—Ahí donde la ves es la jefe de una banda de estafadores que nos trae de cabeza. A ella todavía no se la ha podido probar nada, pero tengo la seguridad de que, tarde o temprano, caerá en mis manos. Cuenta con cómplices que

darian la vida antes que acusarla, y por eso su detención se hace más difícil.

—Así y todo tendría una gran satisfacción en ser presentado a ella.

—Nada más fácil. En cuanto termine de bailar, yo mismo satisfaceré tu deseo.

Esta conversación era sostenida por dos hombres, elegantemente vestidos, mientras bebían una copa de champagne en uno de los aristocráticos balnearios de la costa del Pacífico.

El que tanto interés demostraba por la bailarina, era John Querrian, joven millonario que paseaba por el mundo el "splin" que le producía sus millones, y el otro Raymond Kelsey, Inspector superior de Policía, e íntimo amigo de John, encargado de descubrir el verdadero jefe de la temida banda de estafadores.

La vida espléndida, más bien suntuosa, de la bailarina Evelyn Pallard le hizo concebir ciertas sospechas, en un principio las cuales fueron acentuándose a medida que transcurría el tiempo, hasta convertirse en seguridad. Por dos veces detuvo a la muchacha, pero ante la carencia de pruebas no tuvo más remedio que devolverle la libertad.

Todas las noches acudía al elegante restaurant del balneario, y allí se encontró precisamente a Querrian, poco antes de la conversación que acabamos de sorprender.

—¡Mira, ya sale!—exclamó John, llamando la atención de su amigo.

—¿Insistes en tu deseo de que te la presente? —le preguntó el policía.

—Decididamente; pero antes dime quién es el joven que la acompaña.

—Muchos creen que es su amante, y no es así. Ese muchacho es su hermano, aunque lo extraordinario del caso es que vive separado de su hermana, con su madre.

Evelyn Pallard, la bailarina de moda, cuyo nombre era repetido por cientos de bocas y su belleza deseada por miles de hombres, pasó junto a la mesa donde estaban los dos amigos y Raymond la llamó, diciéndole:

—Evelyn, perdone un momento, pero, sino tiene mesa le ruego que acepte la nuestra.

—Con mucho gusto—respondió la joven—. Aunque usted y yo no nos queremos mucho... ¿Usted también es...?

—No, el señor no es policía—le interrumpió Raymond—. El señor tiene otro cargo mucho más importante... es, ¡millonario!

—No le haga usted caso—protestó Querrian. —Soy solamente un ferviente admirador suyo, que ha tenido el atrevimiento de solicitar ser presentado a usted.

—¿Y se lo ha pedido al señor Kelsey?

—En efecto—afirmó Querrian.

—Es raro que haya accedido a su petición.

—¿Por qué?

—Porque el señor Kelsey ve en mí a una mujer peligrosísima... ¿No le ha dicho que, hasta incluso me ha detenido?

—Con razón—terció el policía—. Ya sabe que su vida es un tanto sospechosa.

—¿Sospechosa?—exclamó la bailarina, y dirigiéndose a John Querrian continuó diciendo—: Voy a explicarle a usted mi vida, para que vea a lo que llama su amigo "sospechosa".

—No es necesario, me basta con lo que usted dice—respondió galantemente el joven millonario.

—Es que quiero que sepa usted hasta donde llega la perspicacia policiaca de su amigo... Salgo del hotel a las cinco de la tarde, para estar aquí y empezar la sesión que llaman de "vermouth", ceno aquí y no salgo hasta las dos de la madrugada que vuelvo a mi hotel.

—¿Y las cenas, con cierta clase de gente—preguntó irónicamente el policía.

—Amigos de otros tiempos. De cuando yo era una simple trabajadora. Los pobres me quieren y yo correspondo convidándolos a cenar.

John molestado por el giro que había tomado aquella conversación, procuró cortarla y exclamó:

—¿Le gusta a usted el baile?

—Con delirio, sobre todo si la pareja es un

buen bailarín—respondió Evelyn envolviéndole en una mirada de fuego.

—Entonces será inútil que le ruegue el que baile conmigo... yo lo hago bastante mal—se lamentó John.

—No importa, probemos—repuso la muchacha.

La orquesta había comenzado a tocar un tango y a los pocos pasos la bailarina exclamó:

—Me ha engañado usted... baila como no he visto a nadie, hasta ahora.

En efecto, John Querrian era, lo que se puede decir, un hombre de moda. Su vida por los clubs más aristocráticos, las reuniones de la buena sociedad, cuyas puertas le habían abierto su nombre y su fortuna, habían hecho de él un joven completamente a la moderna y dominaba el baile con la perfección de un consumado maestro. Pero, sin embargo, al estrechar entre sus brazos el cuerpo divino de la bailarina, al percibir el perfume embriagador que exhalaba toda ella y al sentirse acariciado por los bucles rebeldes de su sedosa cabellera de ébano, sentía un dulce éxtasis, casi le permitía hablar.

Evelyn, a su vez, se dejaba conducir, como una autómatas, adormecida por las languideces del tango y dejó caer su cabeza sobre uno de los hombros de John, que le preguntó:

—¿Se siente usted mal?

—No—respondió la bailarina levantando los ojos hacia él y acariciándolo con la mirada—. Casi siempre que bailo me sucede igual.

—Si quiere podemos dejar de bailar—propuso John.

—No se preocupe—respondió Evelyn, y cambiando de conversación le preguntó: ¿Estará usted todavía muchos días aquí?

—Pensaba haberme marchado mañana, pero desde que la vi cambié de opinión.

—¿Solamente por mí?—preguntó nuevamente ella.

—Puede usted creerlo. Nada, ni nadie, que no sea usted, me detiene en esta población.

—No olvide el consejo de su amigo—le dijo Evelyn, sonriendo deliciosamente—. Acuérdesse de que soy una mujer peligrosa.

—Nada me importan los peligros que pueda correr a su lado, y si fuera cierto lo que dice mi amigo, no cesaría hasta en convertirla en digna de ser mi esposa.

Hablaba con tal convencimiento de lo que decía, ponía tal entusiasmo en sus palabras, que Evelyn sintió un viva simpatía hacia aquel hombre.

Iba a responder, cuando se acercó el joven que la acompañaba en un principio y solicitó bailar con ella.

Muy en contra su gusto accedió John a la

petición del joven y cuando éste quedó solo con Evelyn, le dijo:

—¿Sabes quién es ese hombre con quien bailabas?

—Sí, John Querrian, el dueño del famoso brillante—respondió la muchacha sin titubear.

—Es preciso que lo lleves esta noche al café—continuó diciéndole el otro—. Jaime dice que nunca abandona el brillante. En la carretera estarán los demás y nos apoderaremos de él.

Quiso ella protestar contra el plan tramado, pero el miedo a los de la banda pudo más que su voluntad y guardó silencio, como dando a conocer que asentía.

—Había terminado la orquesta y Evelyn volvió a la mesa de John, que se había quedado solo.

—¿Quiere usted que vayamos a cenar juntos esta noche?—le propuso el millonario.

—Le agradezco su intención, pero no puedo aceptar—le contestó la bailarina—. Esta noche voy a cenar con mis amigos en un restaurant de las afueras. Si quiere usted venir puede hocerlo, aunque le advierto que todos son gente pobre.

—No me importa; con tal de estar a su lado—aceptó John.

—Entonces espéreme un momento mientras me arreglo.

En los ojos de él leyó la artista cierta desconfianza y exclamó:

—Veo que las palabras de su amigo le han producido efecto. Será mejor que no me acompañe.

—Perdone usted—repuso John disculpándose—. Ha sido un impulso que no he podido reprimir. Le ruego que vaya.

—y, ahora, la que le ruega que me acompañe hasta el guardarropía, soy yo... Es inútil que se niegue, porque entonces no dejaré que venga usted conmigo.

Y ofreciéndole el brazo, que John tomó, salieron del balneario con dirección al café que Evelyn había indicado.

SEGUNDA PARTE

El café "La Media Luna" se hallaba situado a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Era el lugar preferido por los señoritos calaveras, que iban allí a terminar sus juergas nocturnas, pero los muchos atracos que habían venido sucediéndose dieron lugar a que poco a poco fuera alejándose el público, hasta quedar solamente con una concurrencia indeseable, que iba allí para ultimar los planes del próximo robo o atraco. Su exterior conservaba el buen

aspecto de otro tiempo y nadie que hubiera entrado en él por primera vez podría haber sospechado que aquello, más que establecimiento público, era una guarida de malhechores.

En un rincón de la sala había varios hombres escuchando a uno que hablaba y que parecía tener cierta autoridad sobre los demás, a juzgar por el tono de humildad con que solían responderle.

—Sobre todo que no le ocurra ningún daño a ese hombre—exclamó el que ordenaba y que no era otro que el Jaime mencionado por el acompañante de Evelyn.

—¿Y si se resiste?—preguntó uno de ellos.

—No habrá resistencia. Jorge guía el coche y él se encargará de parar en un sitio apropiado.

—Lo haremos así—respondió el otro—. Pero me temo que ese hombre haga alguna resistencia.

—Entonces con un golpe bien dado le hacéis perder el conocimiento y en paz. Ella no quiere nunca que se haga daño.

“Ella” era el nombre con que solían mencionar a Evelyn. Jamás en ninguna reunión se pronunció su nombre, que era desconocido para casi todos los que formaban parte de la banda.

Jaime consultó su reloj y después de com-

probar la hora, volvió a ordenar a sus hombres:

—Podéis marchar para el sitio que os he dicho; la noche es bastante oscura y facilitará grandemente nuestra empresa.

Ajeno a toda sospecha, John marchacha en el coche hablando animadamente con Evelyn, cuando de pronto vio que el automóvil paraba en seco. Creyó que se trataba de alguna avería, y cuando iba a preguntar lo que ocurría, se vio sorprendido por unos individuos que lo tenían encañonado. Su primer impulso fué lanzarse sobre ellos, pero pronto comprendió que su resistencia hubiera sido inútil. En aquellos momentos una sospecha cruzó por su mente. ¿No habría sido la propia Evelyn, quien preparó aquel golpe? Pero esta duda desapareció en seguida cuando vio a la joven que era conducida, sin conocimiento, por otros hombres y depositada en otro coche.

—¿Qué quieren de mí?—preguntó John tranquilamente.

—Sabemos que posee usted el mayor brillante del mundo. Entreguenoslo y le dejaremos continuar.

—Comprenderán ustedes que no voy a ser tonto de llevar conmigo una piedra de tanto valor. Si lo quieren tendrán que tomarlo de la caja del hotel, que es donde está depositado—respondió John.

—¡Mientel!—exclamó uno de los atracadores, quien ordenó a su compañero—: ¡Registrarlo!.

Cumplió el otro la orden y al poco la piedra preciosa se hallaba en su poder.

—¿No decía que estaba en la Caja del hotel?—le preguntó irónicamente uno de ellos.

—Y lo repito—contestó John—. Ese que tienen ustedes es una imitación sin valor alguno.

Pero era difícil convencer a aquellos hombres, que estaban seguros de poseer la joya anhelada y una vez en su poder dejaron continuar a John diciéndole:

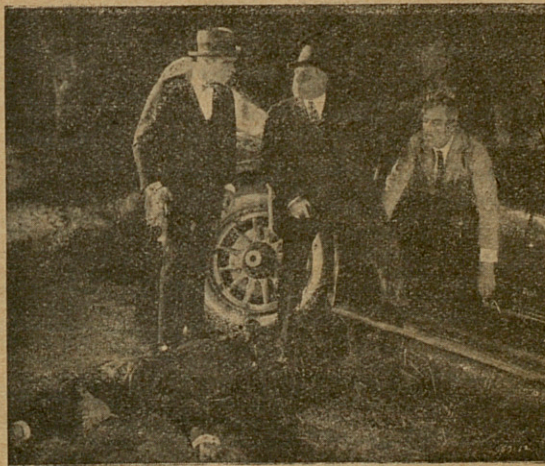
—El chófer lo dejara a usted cerca de la población. De allí puede ir solo a su casa, pero, ¡guardase de dar parte a la policía!

Sin la menor protesta subió de nuevo John a su automóvil y marchó hacia la ciudad, mientras que los otros dos tomaron el que habían traído y se dirigieron hacia "La Media Luna", donde los esperaba Evelyn, en compañía de Jaime y del joven acompañante.

Al dar la vuelta del camino que conducía al café, dos hombres aparecieron pistola en mano ordenándolos detenerse. Uno de ellos le mostró las insignias de policía, a la vez que les preguntaba:

—¿Quiénes son ustedes?

—Y para preguntar esto tienen que tener-



— Es la segunda vez que cae en mis manos,

nos encañonados?—repuso el que guiaba el coche.

—Déjense de rodeos y contesten a la pregunta—insistió el policía, que era precisamente Raymond Kelsey, quien sospechando de la bailarina vigilaba aquellos lugares.

—Somos dos ciudadanos tranquilos que vamos a divertirnos al café "La Media Luna".

—¿Tienen documentos?—volvió a preguntar Kelsey.

—Ya lo creo—respondió el atracador—. Mírelos si quiere.

Se adelantó Kelsey para apoderarse de los papeles que aquel había sacado del bolsillo y al irlos a coger vió brillar en la otra mano la hoja de un puñal.

Rápido como el pensamiento se arrojó sobre él y de un culatazo le hizo rodar por el suelo. Volvió la cara hacia donde estaba su compañero y vió que éste sostenía también la misma lucha con el conductor del coche. De otro golpe se desembarazó de él, y cogiéndolo por los pelos, le levantó la cabeza a la vez que le decía:

—Ya es la segunda vez que cae en mis manos este truhán. Lo que es ahora le esperan unos cuantos días de sombra.

En el café "La Media Luna", la tardanza de los detenidos por la policía tenía alarmados a sus cómplices, hasta el punto de que decidieron marchar a la población, pensando que algo anormal les había sucedido.

Llegaron a una casa de pobre apariencia situada en uno de los barrios bajos de la ciudad y Evelyn y su joven acompañante entraron en el interior, mientras Jaime daba la vuelta al edificio.

Salió a recibirlos una anciana de venerable aspecto quien les dijo al entrar:

—Creí que os había ocurrido algo, hijos míos.

—No te alarmes, mamá—respondió la mu-

chacha, abrazándola cariñosamente—. La sesión ha durado hasta muy tarde y por eso nos hemos retrasado.

Con una solicitud extrema, la buena vieja colocó sobre la mesa algunas viandas y se marchó a dormir dejando solos a los dos hermanos.

—Lo que ha ocurrido esta noche, es incomprendible—exclamó el hermano de Evelyn—. Estoy seguro de que todo es obra de ese maldito Kelsey.

—Imposible—contestó la muchacha—. Kelsey estaba en el restaurant momentos antes de salir yo... pero no divaguemos y hagamos entrar a Jaime, que estará impaciente.

Los dos jóvenes marcharon hacia la parte trasera de la casa e hicieron una señal desde la ventana.

Momentos después se hallaban los tres reunidos y Jaime que llevaba la voz cantante les dijo:

—Estoy seguro que dentro de la banda hay una persona que nos vende... Desde hace un año que nos fallan todos los golpes.

—¿Sospecha usted de alguien? — preguntó Evelyn.

—Hasta ahora mis sospechas no han recaído sobre nadie, pero no tardaré en descubrirlo y entonces se acordará de quien es Jaime Thor-
tom—exclamó en tono amenazador.

—Por lo pronto y por si algo ha ocurrido— le dijo a la bailarina—tú, mañana por la mañana vete al hotel, por si van a buscarte... De lo demás, ya me encargaré yo.

TERCERA PARTE

Al día siguiente por la mañana Evelyn recibió la visita de John, quien mostrándose sorprendido le preguntó:

—¡Me extraña verla aquí, después de lo ocurrido anoche!

—La más sorprendida soy yo—repuso la joven aparentando tranquilidad—. Después de que nos sorprendieron aquellos hombres, no me he dado cuenta de nada, hasta despertar esta mañana y encontrarme en mi cuarto... ¿Podría usted explicarme que sucedió?

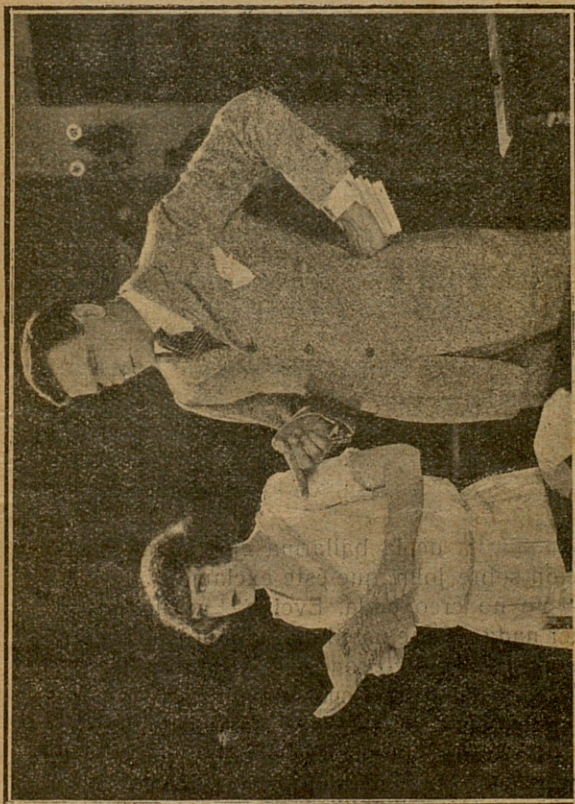
John sacó un diario del bolsillo de su americana y entregandoselo le dijo duramente:

—¡Lea lo que dice este periódico y encontrará la explicación de todo!

Evelyn leyó la noticia que traía el diario y que decía:

"Otro atraco de la banda de estafadores

"Ayer noche fueron detenidos por el activo Inspector de policía señor Kelsey a dos indivi-



— ¡Lea lo que dice este periódico!

duos de la banda de estafadores, que tan alar-
mada trae a la ciudad.

"Acababan de atracar al joven millonario John Querrian sustrayéndole la imitación del célebre brillante que posee.

"Con motivo de este nuevo hecho el nombre de la bailarina Evelyn Pallard ha vuelto a ser motivo de vivos comentarios..."

—Me importa poco lo que puedan decir los diarios—exclamó la muchacha, devolviéndoselo.

—¡Pero a mí me importa mucho, Evelyn!—contestó John.

Evelyn se lo quedó mirando en silencio y al cabo de un rato le preguntó:

—¿Y usted cree también lo que dice este periódico?

La mirada de la bailarina ejercía tal fascinación sobre John, que éste exclamó:

—Yo no creo nada, Evelyn... yo no puedo creer nada... Sabe usted que la amo con locura y es preciso que yo conozca su vida.

—Ya le he dicho cual es mi vida—repuso tranquilamente ella—. Nada más puedo decirle.

—¡Está bien!—repuso él airadamente—. ¡Su contestación me ha hecho comprenderlo todo!

Y sin dar tiempo a que la muchacha le contestase salió de la estancia cerrando violentamente la puerta.

Evelyn lo vio salir y una congoja ahogó su pecho. Las últimas palabras de John le habían comprendido lo difícil que era para ella alcanzar la felicidad y cayó sobre una butaca llorando amargamente, a la vez que elevaba sus ojos al Cielo exclamando:

—¿Hasta cuando, Dios mío?... ¿Hasta cuando durará esta vida?

Aquella debilidad sólo duró unos momentos; inmediatamente se repuso y fué hacia su mesita-escritorio. sacó papel y pluma y escribió la siguiente carta:

"Señor Kelsey: Procure estar esta noche en la calle Libertad y detenga a dos hombres que montarán en un automóvil azul. Intentan apoderarse del brillante del señor Querrian. Es la única forma de que pueda detenerlos.

El de Siempre."

Por la anterior carta habrá podido descifrar el lector algo del misterio que rodeaba la vida de Evelyn Pallard.

Su verdadero nombre era Marguerite Snop y había sido lanzada a aquella vida de aventura para salvar a su hermano Jim, quien se encontraba a merced de la voluntad del temible Jaime.

Hijos ambos de una honorable y acomodada familia al morir el padre, los pocos recursos que quedaron después de una larga enferme-

dad, no tardaron en agotarse. Jamás habían irabajado, pero no obstante Marguerite, carácter decidido y enérgico no se amilanó y trató con su trabajo, de aportar lo indispensable para ir viviendo medianamente.

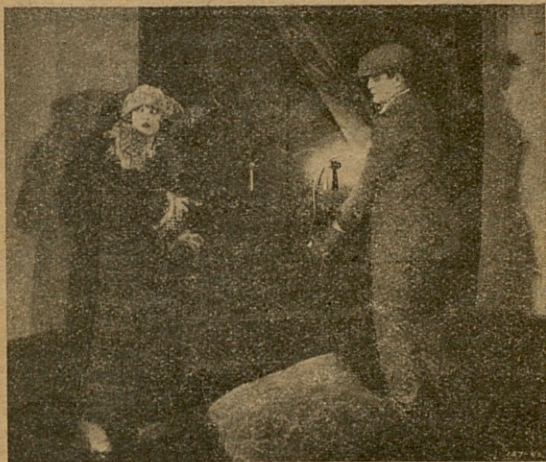
Jim, por el contrario, era un ser còbil, criado en completa holganza no se podía avenir a aquella escasez, que no le permitía satisfacer los vicios que había contraído en su vida de señorito. Las discusiones familiares empezaron a suscitarse a medida que faltaba el dinero y en varias ocasiones Marguerite sufrió los malos tratos de Jim, que le exigía cantidades que la pobre muchacha no podía entregarle.

Esta vida duró poco tiempo, puesto que Jim trabó amistad con Jaime y desde entonces cesaron las peticiones de dinero, ante la extrañeza de su hermana, que no comprendía la nueva conducta de su hermano.

Un día, en el despacho donde Marguerite trabajaba como mecanógrafa la vió un empresario y entusiasmado por la belleza de la muchacha la ofreció contratarla como bailarina.

No le costó poco trabajo convencer a su madre, pero la escasez en que vivían fué el mayor consejero y al poco tiempo Marguerite Snop, con el nombre de Evelyn Pallard, debutó en su carrera artística.

Su belleza y su extraordinaria disposición para el baile, la elevaron bien pronto a uno de



Mientras Jim encendía la mecha...

los primeros lugares y su nombre empezó a sonar, convirtiéndose en la artista de moda.

Entonces fué cuando Jaime concibió la idea de que la ayuda de una mujer sería eficazísima para su "negocio" y se lo propuso a Jim, quien rechazó airado la proposición.

—Tu puedes hacer lo que quieras—le dijo Jaime—. Pero ten entendido que el que no acepta mis órdenes es considerado como un traidor... y lo "suprimimos".

De sobra sabía Jim que Jaime cumpliría su

amenaza y aquella noche le contó, entre lágrimas, a su hermana lo que le sucedía.

La crítica situación de su hermano y decidida a salvarlo obligó a Marguerite a aceptar la imposición de Jaime, pero con la idea de ir entregando a la justicia a todos los que componían la banda.

Desde entonces fingió interesarse por los asuntos, pero, no obstante uno tras otro iban cayendo todos los cómplices de Jaime, que que creía a ojos cerrados en la fidelidad de la muchacha.

Una vez que terminó la carta dirigida a Raymond Kelsey, llamó a uno de los "botones" del hotel y entregándosela, le ordenó:

—Lleva esta carta a la Jefatura de Policía y deposítala en el buzón.

CUARTA PARTE

Aquella noche, en el restaurant del balneario, Evelyn realizaba su número, como siempre, mientras que en una de las mesas John y Raymond conversaban con aparente tranquilidad:

—Recuerda que me has prometido no volver a hablar más con ella—le dijo Kelsey a su amigo.

—Pierde cuidado, que desde hoy me ocupa-

ré únicamente a descifrar el misterio que parece rodear a esa mujer—respondió John.

—Aquí no hay ningún misterio—contestó el policía—. La intervención de ella en los robos es indudable; lo lamentable es no tener pruebas para acusarla.

—Sin embargo, se lee tanta bondad en su mirada, que parece imposible que sea verdad tu sospecha—insistió el joven millonario.

—Una sospecha que no tardará en convertirse en realidad. Los individuos de anoche no han querido dar los nombres de sus cómplices; veremos los de hoy—dijo Kelsey.

—¿Crees que dice verdad el anónimo que has recibido?—preguntó John.

—Nunca ha fallado. Gracias a este desconocido he podido hacer fracasar todos los robos que han intentado—repuso el policía.

En aquel instante Kelsey vio venir hacia ellos a la bailarina y se levantó para decirle:

—Evelyn, está usted jugando con fuego... y terminará quemándose.

—Le agradezco su consejo y le ruego que no vuelva usted a enlazar mi nombre con ningún suceso como el de anoche, sin tener razón para ello—repuso la joven—. La noticia que publican los periódicos es inexacta en absoluto. Si persiste usted en su actitud me verá obligada a llevarlo a los Tribunales.

—Jamás pude pensar que su osadía llegase a tal extremo—exclamó el policía irritado.

—Ni yo a que su jactancia profesional fuese tanta—respondió la bailarina volviéndole la espalda.

Intentó saludar a John, pero éste fingiendo que no la había visto volvió la cabeza hacia otro lado, dejando desconcertada a la joven.

Según habían acordado, tan pronto como Evelyn terminó su número, salió acompañada de su hermano y ambos se dirigieron al hotel en que se hospedaba John, donde se había trasladado aquel mismo día Jaime, con nombre supuesto.

Preguntaron por él y un camarero los condujo hacia la habitación en la que esperaba el jefe de la banda.

—¿Os habéis fijado dónde está la Caja?—preguntó éste, tan pronto como quedó a solas con los hermanos.

—No—respondió Evelyn—pero no importa conozco el hotel y se donde está la Administración.

—Entonces, cuando den las cuatro procura que todo esté preparado. Por si acaso te sucede alguna alarma, entrega el estuche a uno de los hombres que esperaran debajo del balcón.

Convenido todo lo concerniente para llevar a cabo el robo de aquella noche, los dos hermanos esperaron a que llegara la hora señalada,

mientras que Jaime salía desimuladamente del hotel.

Poco a poco fueron cesando los ruidos en el hotel hasta que por fin sólo se oyó el monótono "tic-tac", del enorme reloj del "hall".

Cuatro campanadas indicaron a los hermanos que habían llegado el momento de actuar y ambos se dirigieron hacia donde suponían que estaría la Caja.

Efectivamente no se equivocaron en sus suposiciones y mientras Jim encendía la mecha para destruir el mecanismo de la Caja, Evelyn, que alumbraba con una linterna, exclamó:

—¡Apágala!... La Caja está abierta y no hay necesidad de producir la menor alarma!

En efecto, tal vez intencionadamente ésta había sido dejada abierta y Jim no tuvo más que tirar de la puerta, para que apareciera ante su vista el preciado estuche.

—¡Ya lo tengo!—exclamó Jim, apoderándose de él—. ¡Haz la señal convenida!

Evelyn, sacó la linterna y enfocó por tres veces la calle. A esta señal respondió un prolongado silbido y Jim dejó caer un paquete, en el que iba envuelto el diamante.

QUINTA PARTE

Ocultos en un portal inmediato Raymond y John esperaban impacientes el desarrollo de los acontecimientos, hasta que Querrian, al ver luz, en un balcón del hotel exclamó reconociendo la figura de Evelyn.

—¡Es ella!... ¡La acabo de reconocer!

En su excitación quiso correr hacia ella, pero Raymond lo detuvo diciéndole:

—Antes detengamos a esos hombres, luego veremos la forma de apoderarnos de ella.

Y cuando los cómplices de Evelyn se disponían a marchar, aparecieron ante ellos exclamando, a la vez que los apuntaban en sus pistolas.

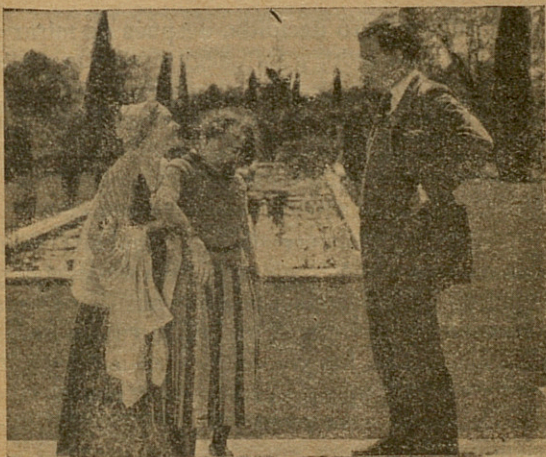
—¡Buenas noches, amiguitos!... ¡Este "golpe" os ha fallado también!

Y sin la menor resistencia se entregaron al policía, quien después de registrarlos, les enseñó el estuche que habían robado, diciéndoles:

—Para robar un estuche vacío, no era preciso tanta cosa.

Decidido John a averiguar de una vez la vida de aquella mujer que le había robado el alma, a la noche siguiente, fué también al "restaurant" del balneario.

Cuanto más contemplaba a la bailarina, más



— Ha sido un desvanecimiento que ...

imposible le parecía que aquella mujer pudiera encerrar, en la belleza majestuosa de su cuerpo, un alma tan perversa.

—Indudablemente en la vida de esta mujer tiene que haber un gran secreto—se dijo mientras admiraba el ritmo candencioso de su baile—. Pero poco he de poder sino lo descubro.

Espero hasta última hora y cuando Evelyn salió, marchó tras ella, procurando no ser visto.

La bailarina, aquella noche, en vez de dirigirse al hotel como acostumbraba, marchó directamente a su casa. Sacó la llave de la verja

del jardín y entró decidida, después de mirar a uno y a otro lado, para asegurarse que nadie la veía.

—Perfectamente — exclamó interiormente John—. El misterio empieza a aclararse. Por lo pronto ya sé que tiene otra casa. Lo importante, ahora, es saber, quien vive con ella.

Desde el amanecer del día siguiente John Querrian se situó frente a la casa de Evelyn y aguardó impacientemente a que sus moradores dieran señal de vida. A las tres o cuatro horas de espera salió Jim y John hizo un movimiento para seguirlo; mas de pronto reflexionó y volvió de nuevo a su puesto de observación, diciéndose:

—¡Bah, que me importa a mí ese individuo!

Esperó un rato más y vió salir a una muchacha modestamente vestida, en quien reconoció inmediatamente a Evelyn.

La muchacha volvió la cabeza y, al verlo, retrocedió precipitadamente hacia la casa, pero con tan mala fortuna que tropezó contra el borde de la puerta y cayó al suelo, sin sentido, exhalando un grito de dolor.

Corrió John a auxiliarla y cuando cruzaba el jardín para llevarla al interior de la casa, se encontró con la madre de la muchacha que corrió alarmada hacia ella.

—No se alarme, señora—exclamó John en-

tregándosela—. Ha sido un desvanecimiento que sólo durará unos minutos.

—¡Hija de mi alma!—exclamó la anciana besándola apasionadamente y sus lamentos convencieron completamente a John de que en efecto era la madre de la joven.

Por sino bastaba, cuando Evelyn volvió a recobrar el conocimiento, se quedó mirando a John y luego suplicó a su madre:

—Mamá, te ruego que nos dejes solos, el señor y a mí. Tengo que hablar a solas unos momentos.

La buena señora accedió al ruego de su hija y ésta empezó diciendo:

—¿Por qué se ocupa usted tanto de mí, señor Querrian?

—Ya se lo dije el primer día que nos conocimos, porque usted es la única mujer que he amado y quiero que usted sea digna de esta veneración mía — respondió John tranquilamente.

—¿Y no ha pensado usted en los inconvenientes que eso lleva consigo?—le preguntó la muchacha—. Piense que, desde que me conoce, siempre está en peligro.

—Es verdad, pero también es cierto que hay una persona que se interesa por mí, librándome de ellos.

—¿Quiere usted decir, el señor Kelsey?

—No—respondió John—. Esa persona es usted. Tengo pruebas de ello.

—¿Pruebas? — preguntó extrañada—. ¡No comprendo !

—Mire usted—le contestó John cogiendo un retrato que había de ella sobre la mesa, dedicado a su hermano y comparando la letra con la del anónimo—. La persona que escribió esta dedicatoria fué la misma que la que escribió esta carta.

Era inútil seguir negando. Todo había sido descubierto y entre lágrimas le contó a John toda la triste historia de su vida.

—Cálmase, se lo ruego—le dijo John—. Yo le prometo que todo se resolverá.

—¡Imposible!—contestó Evelyn—. Usted no conoce la maldad de Jaime.

—Urdamos una trama para cogerlo con las manos en la masa—continuó diciendo John—. Cítelos a todos esta noche y yo vendré a prenderlo con la policía.

—¿Y mi hermano?—preguntó angustiada.

—Yo le respondo que no le ocurrirá nada.

Y acordado este plan, Evelyn por un lado y John por otro prepararon todo lo necesario para que no fallara el golpe que habían preparado.

A la hora señalada en el domicilio de Evelyn se hallaban esperando la llegada de ésta todos los que componían la banda, cuando de pronto



Este señor es policía.

apareció la policía y sin darles tiempo a reponerse de la sorpresa fueron deteniéndolos a todos.

—Dejen a ese libre—exclamó John—señalando a Jim—. Yo respondo de él.

Pero Jim al verse libre y que se llevaban a sus compañeros, sacó un revólver y seguramente hubiese disparado sobre John, si Evelyn, no se hubiera colocado delante, defendiéndolo con su cuerpo.

—Este señor, es policía, no es ningún ladrón—exclamó la buena madre, ignorante de todo lo que había pasado—. Debes darle las gracias.

—Sí, Jim, este señor nos ha librado para siempre de esos hombres.

Comprendió el muchacho lo que quería decirle su hermana y le estrechó agradecido la mano mientras que apenas pudo murmurar:

—¡Gracias!

Evelyn y John volvieron a quedar solos y éste le preguntó:

—Marguerite, he jurado que la única mujer que llevará el brillante, será mi esposa, ¿quiere usted llevarlo?

La joven no respondió pero reclinando su cabeza sobre el pecho del amado le demostró con aquella acción la inmensa felicidad que le producían aquellas palabras.

FIN

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meiler
La Brecha del Infierno	C. Vernadas
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
La mujer que supo resistir	R. La Marr
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona